

RESUMEN COMPLETO

El Libro de la Vida

de Santa Teresa de Jesús

La lámpara encendida

Una autobiografía por obediencia

El Libro de la Vida es la autobiografía de Santa Teresa de Jesús, la monja carmelita de Ávila que reformó su orden, fundó conventos por toda España y se convirtió en una de las grandes escritoras de nuestra lengua. No lo escribió por gusto: se lo mandaron sus confesores, que querían entender las experiencias espirituales tan extraordinarias que ella contaba.

Por eso el libro es, a la vez, la historia de su vida, una confesión de sus faltas y un tratado sobre la oración. Y está escrito con una sinceridad, un humor y una viveza que lo hacen muy cercano, casi quinientos años después.

Una niña que quería ser mártir

Teresa nace en Ávila en una familia numerosa: eran, dice, tres hermanas y nueve hermanos. Habla con cariño de su padre, un hombre honrado y compasivo, y de su madre, muy virtuosa y muy aficionada a los libros de caballerías.

De niña, leyendo vidas de santos, le parecía que los mártires compraban muy barato el cielo. Y un día se pone de acuerdo con su hermano para irse a tierra de moros, pidiendo limosna, para que allí los descabezaran. No llegaron lejos. Así que se conformaron con jugar a ser ermitaños en la huerta de casa, construyendo ermitas con piedrecitas que siempre se les caían.

Cuando tenía unos doce años murió su madre. Teresa, afligida, fue a una imagen de la Virgen y le pidió con lágrimas que fuera su madre.

La adolescencia

De jovencita, Teresa se aficionó a los libros de caballerías, a vestirse bien, a cuidar su aspecto y a las conversaciones con sus primos y con una parienta de tratos poco recomendables, que su madre había intentado mantener lejos de casa. Ella lo cuenta con mucha severidad, como si hubiera sido una gran culpa, aunque se ve que eran cosas propias de la edad.

Su padre, preocupado, la llevó interna a un convento de monjas agustinas. Allí, poco a poco, empezó a pensar en hacerse monja. Le costó mucho decidirse: estuvo tres meses, dice, en una batalla consigo misma. Y cuando por fin salió de casa de su padre para entrar en el convento, sintió un dolor tan grande que le parecía que cada hueso se le apartaba del cuerpo.

La gran enfermedad

Poco después de hacerse monja, cayó gravemente enferma. Su padre la llevó a curar a un pueblo donde había fama de buenos remedios, pero el tratamiento casi la mata. Volvió a casa en un estado terrible, y llegó a pasar cuatro días sin sentido, en un paroxismo tan profundo que la dieron por muerta. En su convento tuvieron la sepultura abierta día y medio, esperando su cuerpo.

Pero despertó. Se quedó destrozada: la lengua mordida, el cuerpo descoyuntado, sin poder moverse. Estuvo tullida casi tres años, y cuando empezó a andar a gatas, alababa a Dios. Durante esa enfermedad tomó como abogado a San José, a quien atribuyó su curación. Y desde entonces recomienda a todo el mundo su devoción: quien

no encuentre maestro que le enseñe oración, dice, que tome a este glorioso santo por maestro.

Casi veinte años de lucha

Viene después una larga etapa que Teresa cuenta con mucho dolor. Era monja, rezaba, pero no acababa de entregarse a Dios. En el locutorio del convento recibía visitas y conversaciones que la distraían. Llegó incluso a dejar la oración durante más de un año, pensando que, siendo tan imperfecta, no merecía hacerla. Más tarde diría que esa fue la peor tentación de su vida.

Lo resume con una frase: de los veintiocho años que llevaba haciendo oración, pasó más de dieciocho en una batalla entre tratar con Dios y tratar con el mundo.

Y, sin embargo, nunca dejó del todo de rezar. Por eso insiste tanto en que nadie abandone la oración, por mal que se vea. Y da la definición más famosa que se ha hecho de ella: la oración mental no es otra cosa sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama.

La conversión

El cambio llegó, cuenta, un día al entrar en el oratorio. Vio una imagen de Cristo muy llagado, que se había traído para una fiesta. Al mirarla, sintió tanto lo mal que había agradecido aquellas llagas que el corazón le parecía partirse, y se echó a llorar a sus pies, pidiéndole fuerzas para no ofenderle más.

Por esos mismos días le dieron a leer las Confesiones de San Agustín. Y cuando llegó al momento de su conversión, cuando el santo

oye una voz en un huerto, sintió que esa voz se dirigía también a ella. Desde entonces, su vida cambió.

Las cuatro aguas

En el centro del libro, Teresa explica los grados de la oración con una comparación que se ha hecho muy famosa. El alma es como un huerto, y Dios es el dueño que quiere que crezcan las flores. Y ese huerto se puede regar de cuatro maneras.

La primera es sacar el agua de un pozo, a fuerza de brazos: es la oración de los principiantes, que cuesta mucho esfuerzo. La segunda es con una noria, que da más agua con menos trabajo: es la oración de quietud. La tercera es traer el agua de un río o un arroyo, que empapa la tierra mucho mejor. Y la cuarta, la mejor de todas, es la lluvia, cuando es Dios mismo quien riega el huerto, sin ningún trabajo del hortelano.

Visiones y mercedes

A partir de entonces, Teresa empieza a vivir experiencias extraordinarias: arrobamientos, palabras interiores, visiones. Un día escucha: ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles.

La más famosa es la del ángel. Lo vio a su lado, pequeño y muy hermoso, con el rostro encendido como los querubines. Llevaba en las manos un largo dardo de oro, con un poco de fuego en la punta, y le parecía que se lo clavaba en el corazón. Al sacarlo, la dejaba toda abrasada en amor de Dios. El dolor era tan grande que la hacía gemir, y la dulzura tan grande que no quería que se le quitara.

También cuenta una visión terrible: en un instante se sintió metida en el infierno, en el lugar que le estaba preparado, como un callejón largo, estrecho y oscuro. No lo olvidó nunca.

Dudas y confesores

Todo esto le trajo muchos sufrimientos. Muchos no la creían. Algunos confesores le decían que sus visiones eran cosa del demonio. En su ciudad se murmuraba de ella. Teresa pasó años de miedo y de dudas, obedeciendo siempre a sus confesores, incluso cuando le mandaban cosas que le dolían.

Su gran apoyo fue fray Pedro de Alcántara, un franciscano de vida muy austera, que la comprendió y la tranquilizó. Teresa cuenta con admiración que, durante cuarenta años, apenas dormía hora y media al día.

La fundación de San José

La última parte del libro cuenta su gran proyecto: fundar un convento nuevo, pequeño y pobre, donde unas pocas monjas pudieran vivir con más recogimiento y oración que en los grandes conventos de entonces.

Tuvo que enfrentarse a muchísima oposición, de su propio convento y de personas importantes, y lo preparó todo casi en secreto. Al final, el día de San Bartolomé del año mil quinientos sesenta y dos, algunas jóvenes tomaron el hábito, se puso el Santísimo Sacramento, y quedó fundado el monasterio de San José de Ávila. Pero la ciudad de Ávila se opuso: el asunto llegó hasta la Corte y empezó un gran pleito. Teresa, sin dinero y sin saber qué hacer, aguantó con pacien-

cia, y el convento salió adelante. Fue el primero de los muchos que fundaría después.

Una vida contada con verdad

El libro termina con Teresa en paz, dando gracias a Dios por todo lo que ha hecho con ella. Lo que más impresiona de esta obra es su sinceridad: Teresa no se presenta como una santa, sino como una mujer que se equivoca, duda, vuelve atrás y vuelve a empezar. Y desde esa sencillez, transmite su gran mensaje: que nadie deje nunca la oración, porque Dios espera siempre, con una paciencia infinita, a quien vuelve a él.

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.